

No se puede vivir sin esperanza

Fernando Torre, msps

«Se puede vivir sin dinero, sin amistades, sin cariños y sin honores –nos dice Concepción Cabrera–, pero no se puede vivir *sin esperanza*, porque está fundada en lo más hondo de nuestro ser»¹.

Y podemos añadir: se puede vivir sin poder, sin fama, sin una buena salud, sin tener belleza exterior, sin juventud, sin comodidades y sin otros deseos surgidos de humano corazón o sembrados en nuestro interior por la publicidad y la moda, pero no se puede vivir sin esperanza.

Esta laica, mística y apóstol no dice que sea difícil vivir sin esperanza; dice que «no se puede vivir». Y aunque una persona que ha perdido la esperanza aún siga respirando, está muerta; y en breve tiempo la desesperanza la llevará a la tumba, sea porque se suicidó o porque simplemente se dejó morir.

Por gracia del Espíritu Santo, somos personas esperanzadas (si no lo fueras, no estarías leyendo este texto). Es un regalo que debemos cuidar y cultivar; un don que debemos agradecer.

Tal vez conozcas algunas personas que han ido perdiendo la esperanza, que son pesimistas y pasivas, que se lamentan de todo y miran el futuro con desconfianza, que tienen una esperanza anémica o agónica. Cada persona deprimida o desesperanzada es una llamada del Espíritu Santo para hacer algo por ella, una llamada que pone en juego nuestra creatividad apostólica y nuestra generosidad.

Dije que nuestra esperanza es un don que debemos agradecer. Pues una manera excelente de agradecerle ese regalo al Espíritu Santo es siendo instrumentos suyos para reavivar o incluso encender la llama de la esperanza en una persona desesperanzada. Hagamos algo para no dejarla morir de tristeza, desánimo o desesperación. No hacer nada equivale a no amarla. Y, como dice San Juan: «Todo el que no ama a su hermano es un asesino» (1Jn 3,15).

Si, por gracia, tenemos la dicha de ser personas esperanzadas, entonces, como signo de nuestra gratitud al Espíritu Santo, hemos de ser personas que contagien esperanza, personas esperanzadoras.

¹ C. Cabrera, *Rocío del purgatorio*, Escuela Tipográfica Salesiana, México 1921, 398.